

de los oidores hablase á los pretendientes y procurase calmarlos. No dejó de costarle algún trabajo; pero al cabo consiguió que cediesen por entonces y aguardasen la llegada del nuevo virrey que se sabía estaba ya en camino y que efectivamente no tardó en llegar al Perú según vamos á referir. (29)

CAPITULO IV.

LLEGA AL PERÚ EL NUEVO VIRREY.—ABDICACIÓN DEL INCA SAYRI TUPAC.—EXPEDICIÓN A CHILE.—MUERTE DE ALGUNOS CONQUISTADORES.—LA DEL VIRREY.—EL CONDE DE NIEVA.—SU DESGRACIADA MUERTE.—EL LICENCIADO CASTRO.—D FRANCISCO DE TOLEDO.—SUPPLICIO DEL INCA TUPAC DE AMARU.—CORSARIOS INGLESES.—VUELVE EL VIRREY A ESPAÑA, Y MUERE.

1555 - 1581.

Hallábase en Flandes el Emperador Carlos V. cuando recibió la noticia de la muerte del virrey D. Antonio de Mendoza, y trató de nombrarle sucesor inmediatamente

(29) Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 7, cap. 30.

para no dar lugar á que con la falta de gobernador se turbase de nuevo la tranquilidad de aquellas provincias. Después de un detenido examen escogió para este delicado puesto á D. Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, quien aceptó el nombramiento, pero exigió poderes tan amplios como los que llevó el presidente Gasca. Las circunstancias no eran ya las mismas, y el Marqués de Cañete no halló en los consejeros del monarca la misma disposición á concederlos. Al fin logró que se le diesen, y después de haber recibido del gobierno las instrucciones necesarias, se embarcó en San Lúcar en el mes de Octubre de 1555 (1)

Después de sufrir algunas tempestades en la travesía, aportó el virrey á Nombre de Dios, y se detuvo algún tiempo en la tierra firme para tomar residencia á los oficiales reales, y deshacer una reunión considerable de negros fugitivos que habían tomado las armas y cometían mil robos y excesos. Arreglados ambos asuntos á su satisfacción, pasó al Perú por mar, y entró en

[1] Fernández, Hist. del Perú. Parte 2, lib. 3, cap. 2.—Herrera, Hist. General, déc 8, lib. 10, cap. 17.

Con el nombramiento del Marqués de Cañete para el virreinato, termina Herrera su grande obra en la parte relativa al Perú. La continuación de sus Décadas que escribió el cronista Pulgar y comprendía desde el año 1555 hasta el de 1584, no se ha dado á luz, ni tengo noticia acerca del MS. original, que estuvo en la librería de Barcia, y que no encuentro citado por ningún autor moderno.

Lima en el mes de Julio de 1556. (2) En todo el camino fué recibido con el mayor aplauso por los habitantes, y en la capital se prepararon grandes fiestas y regocijos para su entrada, Mostrábase el virrey muy blando y liberal, parecía dispuesto á olvidar lo pasado, y todos celebraban su venida. Pero apenas hubo tomado posesión del gobierno cambió repentinamente de carácter. Hizo ajusticiar en secreto á varios oficiales de Girón que vivían tranquilos en sus haciendas, confiados en el perdón que les había concedido la Audiencia por haber abandonado á su jefe en la hora de la batalla; severidad que fué desaprobada en la corte y á la que algunos atribuyen su pronto relevo. Prohibió bajo graves penas que nadie pasase de un pueblo á otro sin licencia: desterró á España por causas leves á muchos conquistadores, y tomó otras medidas severas para afianzar la tranquilidad del país.

El suceso más notable del gobierno de este virrey es la renuncia que hizo de sus derechos á la corona del Perú el príncipe

[2] Hallo la mayor discordancia en los autores al fijar la fecha de la llegada de este virrey al Perú, pues unos la ponen en el año de 1553, otros en el de 1556 y algunos en el de 1557. La que apunto en el texto es la que me ha parecido más probable después de comparadas las diversas opiniones.

Sayri Tupac, hijo del valiente Manco Inca, que por tanto tiempo sostuvo la guerra contra los Españoles, y que murió desdichadamente á manos de ellos, como queda dicho. (3) Vivía el príncipe Sayri retirado en las mismas montañas de Vilcabamba donde murió su padre, y aunque ya su poder estaba tan debilitado que nada podía emprender contra los usurpadores de sus dominios, aquella reunión de indígenas que no reconocía la autoridad del monarca español podía crecer con el tiempo y adquirir fuerza bastante para ir recobrando poco á poco sus tierras; de la misma manera que el puñado de cristianos que los Sarracenos olvidaron destruir, había acabado por conquistar los dominios de sus antepasados después de una lucha de siete siglos. Por lo mismo creyó el virrey que sería conveniente quitar por este lado todo temor para lo sucesivo.

Valióse para lograr su intento de una tía del príncipe llamada Doña Beatriz, que estaba casada con un español avecindado en el Cuzco. Dirigió el virrey una carta á esta señora, encargándole que discurriese algún medio para que el príncipe saliera de sus guaridas y viniera á vivir de paz en-

(3) Ante, pág. 221.

tre los Españoles, prometiéndole que se le daría lo necesario para que pudiera vivir con la decencia correspondiente á su elevado rango. Aceptó gustosa el encargo la Doña Beatriz y envió un mensajero á su sobrino con estas proposiciones. El enviado, que era un Indio noble pariente también del Inca, halló grandes dificultades que vencer para transitar por los caminos, pues los habían obstruido de propósito los Indios refugiados, para hacer más difícil el acceso á sus montañas. Llegó al cabo á las primeras guardias y fué conducido á la presencia del Inca.

Aun no se había ceñido éste la *borla* ó diadema encarnada, insignia de los soberanos del Perú, á causa de su corta edad, y gobernaba en el entretanto un consejo compuesto de los principales caciques y capitanes. El príncipe sometió á su examen las proposiciones de los Españoles; pero los consejeros recelaron que fuesen tan sólo una red que le tendían para apoderarse de su persona. Para asegurarse, pues, de la sinceridad de las propuestas, resolvieron detener al enviado de Doña Beatriz y despachar al Cuzco otro mensajero distinto para que hablase con aquella señora y le pidiese además que enviase á su hijo Juan Sierra; para mayor seguridad de lo que se

pactase. A todo accedió Doña Beatriz y su hijo partió con el mensajero

Como las distancias eran largas y los caminos difíciles, se gastó algún tiempo en estas negociaciones, é impacientado el virrey con la dilación, nombró por su parte á un fraile dominico llamado Fr. Melchor de los Reyes, y á Juan de Betanzos, Español casado con una hija del Inca Atahuallpa y muy perito en la lengua de aquel país, para que fuesen á negociar la salida del príncipe Sayri. Partieron estos enviados; pero no pudieron penetrar en aquellas asperezas, aunque lo intentaron por diversas partes, por estar cortados todos los caminos y cerrados los pasos de la sierra. Mientras tanto llegó á noticia del corregidor del Cuzco que andaban en aquel empeño, y al punto les escribió que viniesen á la ciudad para que todos obrasen de acuerdo.

Venidos al Cuzco se dispuso que marchase por delante Juan Sierra y que en pos de él fuesen el dominico y Betanzos. Partieron así en efecto, pero deseosos estos últimos de ser los primeros en dar la embajada, se adelantaron á los otros hasta llegar á los límites de las tierras que dominaba el Inca. Allí fueron detenidos los Indios hasta que llegó Sierra; á éste se le permitió el paso por orden del Inca, y no á ninguno otro.

A poco andar se encontró Sierra con un capitán que traía consigo alguna tropa, y á él le dió la embajada para el Inca de que venía encargado. El capitán hizo venir después al fraile y á Betanzos, y les preguntó también su embajada, para ver si discrepaba en algo de la que traía Juan Sierra.

El oficial dió cuenta de todo á su soberano. Este se negó al principio á escuchar las propuestas de los Españoles, y mandó que los embajadores se volviesen. A poco revocó la orden, y después de muchas tardanzas y precauciones los admitió al fin á su presencia. Escuchó sus proposiciones, y mandó que pasasen á su consejo. Este fué de opinión que el negocio debía meditarse con detenimiento, y que en el entretanto fuesen á Lima el dominico y Sierra, acompañados de dos capitanes indios, para que se presentasen al virrey y le pidiesen al Inca alguna parte de los dominios que legítimamente le pertenecían. Los mensajeros Indios fueron muy bien recibidos y obsequiados por el virrey. Convinieron al fin que se daría al joven Inca una renta de diez y siete mil *pesos* para sustentar su casa y familia, y además un corto terreno en el valle de Yucay, morada favorita de sus antepasados, siendo imposible el dárselo todo, como hubiera querido el virrey, por hallarse

la mayor parte de él repartida ya entre los Españoles, que lo preferían por su fertilidad y hermosura. A estas mercedes, se anadió la de unas tierras inmediatas á la fortaleza del Cuzco, para que el príncipe fijara en ellas su morada.

En el entretanto que estos ajustes se hacían en Lima, los consejeros de Sayri hacían sacrificios á sus deidades, y consultaban á sus adivinos, para saber si sería conveniente que el príncipe saliera de las asperezas donde estaba refugiado. Aunque no hubo, según dicen, ningún agüero siniestro, los consejeros andaban discordes y muchos se oponían á la salida, recordando la perfidia de los Españoles y anunciando la vida miserable que el príncipe pasaría en los mismos reinos de que sus padres fueron señores absolutos. El joven Inca fué al principio de este mismo parecer; pero después cambió repentinamente y se mostró resuelto á aceptar las ofertas de los Españoles.

Salió, pues, de sus montañas llevado en hombros de sus vasallos, aunque ya las andas no eran de oro ni la comitiva tan numerosa como antes. Al abandonar su retiro se desciñó el príncipe la *borla* encarnada, que hacía poco había recibido, dando á entender con esta acción, que se reconocía

vasallo de otro príncipe más grande, y que la estirpe de los hijos del Sol había dejado de dominar en el Perú.

Caminó el Inca de esta manera hasta la ciudad de Lima, en la que entró el 5 de Enero de 1558. Recibióle el virrey con el mayor agrado, le hizo sentar al lado suyo y le prodigó toda especie de atenciones. Exterioridades poco costosas, con que parecía quererle compensar la pérdida de un imperio. Pocos días después le convidó á comer el Arzobispo de Lima, y acabada la comida se presentó un criado con una fuente de plata en la que venía la cédula de todas las mercedes hechas al Inca. Oyóla éste leer, y concluida la lectura levantó la carpeta que cubría la mesa y arrancando un hilo del fleco exclamó: "Antes era mío todo este paño, y ahora quieren contentarme con sólo este hilo." (4)

Después de pasar algunos días en Lima se volvió el Inca al Cuzco. Sus vasallos le trataron por el camino con el mismo amor y respeto que habían mostrado á sus antepasados. En el Cuzco estaban congregados casi todos los caciques del país, quienes lo recibieron con grandes fiestas y regocijos.

(4) Esta anécdota tantas veces referida por los escritores modernos, sólo se apoya á lo que entiendo, en la autoridad de Garcilaso, lo que aviso al lector para que le dé el crédito que le parezca.

Permaneció el príncipe algún tiempo en el Cuzco y después fijó su residencia en el hermoso valle de Yucay. Abrazó la fe cristiana y fué solemnemente bautizado con el nombre de Diego. Vivió tranquilamente en su retiro unos tres años, al cabo de los cuales murió dejando tan sólo una hija. Pero los Indios refugiados en las montañas y que no habían querido salir de ellas apesar del ejemplo que les dió su príncipe, dieron la corona á un hermano suyo, y el nombre de la monarquía peruana se conservó todavía algunos años hasta que vino á borrarlo del todo la más lastimosa tragedia.

Mientras que de este modo se iba asegurando la paz en el Perú, los invencibles guerreros de Arauco sostenían en el vecino reino de Chile la más cruda guerra con los Españoles. Había muerto el gobernador de aquellas provincias, y el virrey nombró para sucederle á su hijo D. García Hurtado de Mendoza, que más adelante fué también virrey del Perú. Hiciéronse grandes preparativos para la expedición, pues el virrey por amor á su hijo no perdonó gasto ni diligencia alguna para asegurar el buen éxito de la empresa. Partió al fin el joven comandante acompañado de consejeros graves y prudentes; pero no hubo precaución que bastase á impedir el que los valientes

Araucanos le tendiesen una emboscada de la que sólo escapó, á costa de perder todos los equipajes y víveres de su ejército.

Poco antes de que saliese la expedición para Chile, murió el Mariscal Alonso de Alvarado, consumido de la pesadumbre que le causó la derrota de Chuquinga. Desde aquel día fatal no tuvo un momento de alegría; y al cabo sucumbió después de una larga y penosa enfermedad. Fué uno de los jefes que hicieron más papel en el Perú y siempre peleó bajo el estandarte real. Era de carácter severo que rayaba en cruel, buen soldado, y valiente como todos los Españoles de aquel siglo, aunque la fortuna no siempre le fué favorable. Su hijo mayor heredó sus repartimientos; pero murió á poco tiempo, y el gobierno para dar una prueba de lo mucho que apreciaba los servicios del Mariscal, no quiso entrar en posesión de sus bienes, según lo disponía la ley, sino que mandó que su hijo segundo los heredase: "merced que se ha hecho á pocos en aquel imperio", según un antiguo cronista. (5) Falleció también por aquellos tiempos Garcilaso de la Vega, padre del historiador, uno de los conquistadores más respetables y no tardaron en seguirle otros compañeros

[5] Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 3, cap. 12.

suyos. De esta manera iba arrebatando la muerte á los pocos conquistadores que habían escapado de los innumerables peligros de su azarosa carrera.

Parece que en la corte de España no faltaron algunas quejas contra el virrey del Perú, y le perjudicaban principalmente en ella los conquistadores que había hecho desterrar por causas leves, como antes dijimos, y que fueron todos absueltos en la metrópoli. Sea de esto lo que fuere, en el año de 1561 le avisó al gobierno que estaba nombrada ya la persona que debía sucederle en aquel puesto. Apenas supo el Marqués de Cañete que su sucesor había desembarcado en las costas del Perú, le escribió una atenta carta felicitándole por su nombramiento y feliz llegada. El nuevo virrey, que según se advierte no era hombre de gran prudencia, le contestó con bastante sequedad, sin darle en su carta el tratamiento de "excelencia" que había usado en la suya Mendoza, sino tan sólo el de "señoría." Para un noble español éste era el mayor agravio. Agregóse á esto el pesar que le causó el verse relevado tan pronto, así como el que le había ocasionado antes el mal éxito de la expedición de Chile. Fué tan grande la pesadumbre que produjeron en el Marqués estos disgustos sobrevenidos

en tan breve tiempo, que su avanzada edad no pudo resistirla, y murió en Lima antes que llegase á la capital su sucesor. Fué enterrado con toda solemnidad en el convento de San Francisco, y la Audiencia quedó encargada del gobierno el breve tiempo que tardó en llegar el nuevo virrey. (6)

D. Diego López de Zúñiga y Velasco, Conde de Nieva, llegó á la capital en el mes de Abril de 1551, y se solemnizó su entrada casi al mismo tiempo que se hacían las exequias de su antecesor. Lo más notable que se encuentra de su breve gobierno es el haber establecido la etiqueta que debía observarse en lo sucesivo, tanto en el lugar que las corporaciones é individuos habían de ocupar en los actos públicos, como en el tratamiento que debía darse á las personas según su categoría. Al año siguiente al de su llegada se le halló muerto en su mismo palacio, con indicios claros de haber sido violenta su muerte. Tal suceso causó

[6] Tratan del gobierno del Marqués de Cañete, Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 8, cap. 3-15.—Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 3, cap. 2-5.—Alcedo, Aviso, pp. 67-73.—Meléndez, Tesoros, lib. 5, cap. 10.—Calancha, Crónica, lib. 1, cap. 33, lib. 2, cap. 29.

De los gobiernos de los virreyes sólo reflero los sucesos notables ó los precisos para enlazar los acontecimientos y llegar cuanto antes á la prisión y muerte del inca Tupac Amaru. No debe omitirse, sin embargo, al hablar del Marqués de Cañete, que en su tiempo según Fernández y Calancha, se acuñó la primera moneda en el Perú, que fué la destinada para solemnizar la jura de Felipe II en el año de 1558.

el escándalo que es de suponerse, y la Audiencia se dedicó con todo empeño á descubrir á los culpables. Pero los historiadores nos dicen que apenas comenzó la averiguación halló complicadas en el crimen personas de tan alta categoría, que tuvo por menos malo el dejar impune un delito tan grave como el asesinato del representante del monarca, que publicar todas las circunstancias del suceso, lastimando la reputación de muchas personas respetables, que acaso tendrían motivos poderosos para tomar aquella violenta determinación. Sea como fuere, el asesinato del virrey quedó impune, y la Audiencia se encargó del gobierno esperando la llegada del sucesor. (7)

No se hizo éste aguardar mucho tiempo, porque tan luego como en la corte de España se supo la desgraciada muerte del conde de Nieva fué nombrado el licenciado Lope García de Castro, individuo del Con-

(7) Alcedo, Aviso, pp. 74-77.—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 8, cap. 15.

Todos los escritores que he consultado hablan con gran misterio de la muerte del Conde de Nieva y no puede aclararse la verdad. Pienso que los literatos modernos del Perú habrán hallado algunos documentos reservados sobre este suceso, que sirvan para esclarecerlo; pero la falta de comunicación con aquellos países y la precipitación con que he escrito este Apéndice por haberme resuelto demasiado tarde á emprenderlo, me han impedido el hacer alguna averiguación sobre este punto, que dejo para mas adelante.

sejo de Indias, para que pasase al Perú con el mismo título de presidente de la Audiencia que llevó antes Gasca. El principal encargo que llevaba, era el de averiguar los autores de la muerte del virrey; pero apenas llegó á Lima en Septiembre de 1564, y se informó de todos los pormenores de este grave asunto, resolvió no tocarlo para nada, ni aun siquiera dió á entender que iba encargado de examinarlo. Fuertes razones debió tener para obrar de este modo, porque vuelto á España, no sólo se abstuvo el gobierno de hacerle cargos por haber dejado de cumplir la principal comisión que había llevado, sino que alabó su prudencia, y le mandó que volviese á ocupar su asiento en el Consejo.

Gobernó el licenciado más de cinco años hasta que entregó el gobierno á su sucesor en el de 1569. Alaban la blandura y prudencia con que se manejó, y su vuelta á España fué generalmente sentida. (8)

(8) «Porque el licenciado Lope García de Castro era hombre de gran prudencia caudal y consejo para gobernar un imperio tan grande como aquel.» Garcilaso, *Com. Real.*, Parte 2, lib. 8, cap. 15.

El testimonio de este autor no puede ser más imparcial, porque cuando el licenciado era consejero se opuso á su pretensión de que se le devolviesen los bienes de su madre, y consiguió que le fuese negada. *Ibid.*, lib. 5, cap. 23. En tiempo del licenciado Castro se fundó la casa de moneda de Lima, año de 1565, y en el siguiente de 1566 se descubrieron las famosas minas de azogue de Huancavelica. [Alcedo, *Aviso*, p. 72.]

D. Francisco de Toledo, sucesor del licenciado Castro, uno de los virreyes más famosos del Perú, era hijo segundo del Conde de Oropesa, y en doce años escasos que duró su gobierno arregló todos los ramos de la administración de la colonia. Visitó por sí mismo la mayor parte de las provincias de aquel vasto territorio, y envió personas de su confianza, á las que no pudo ver por la distancia ó la dificultad de los caminos. Formó ordenanzas para todos los ramos de la administración pública, y entre ellas fueron notables las que hizo para la minería, redactadas con tal previsión, que no se ofrecio en lo sucesivo duda alguna que no estuviese prevenida en ellas. (9) En suma, trabajó tanto y tuvieron tan buen éxito sus esfuerzos, que los virreyes que vinieron después de él casi no hicieron otra cosa que seguir sus huellas y llevar adelante el acertado sistema que dejó establecido.

Mas por desgracia empañó en gran parte esta gloria, por la crueldad con que trató al desgraciado Inca Tupac Amaru, último vástago de la dinastía real del Perú. Y como éste fué uno de los sucesos más nota-

(9) Trae un extracto de ellas Escalona en su *Gazophiliatum Regium Peruvicum*, [Madrid 1675,] lib. 2, parte 2, cap. 1.

bles del gobierno del virrey Toledo; bueno será referirlo con alguna extensión.

Luego que salió de las montañas de Vilcabamba el Inca Sayri Tupac, los Peruanos que no quisieron seguirle y prefirieron conservar su independencia, nombraron un nuevo soberano que fué Inti Cusi Titu Yupanqui, aunque otros dicen que para hacer esta elección aguardaron la muerte del príncipe Sayri, ocurrida pocos años después de su salida, como arriba vimos. Era Inti Cusi hermano de Sayri, y continuó viviendo retraído en las mismas sierras, aunque ya no se guardaba la entrada á ellas con la misma vigilancia que antes.

Movidos de celo religioso los frailes de la orden de San Agustín quisieron penetrar en aquellas asperezas para difundir el conocimiento de las verdades católicas, y en el año de 1566 después de vencer muchas dificultades entró en la sierra el P. Fr. Marcos García de la dicha orden. Recibiólo el Inca muy mal á los principios; pero después admirado de ver su mansedumbre y la santidad de su vida, dió oídos á sus exhortaciones, y al cabo de algún tiempo recibió el bautismo con toda su familia. A ejemplo del soberano abrazaban sus vasallos la fé cristiana, y creciendo el número de los conversos edificó el P. García una

iglesia, con grandes esperanzas de que pronto lograría convertir toda la provincia.

Mas la conversión del Inca no era sincera, y no tardó en resfriarse el celo con que había abrazado la nueva religión. Dolíale dejar los vicios á que había vivido hasta entonces entregado, y sobre todo sentía renunciar el privilegio de la poligamia. De esta manera se fueron estragando insensiblemente sus costumbres, trataba con aspereza al P. Fr. Marcos, y aun llegó á prohibirle que administrase á nadie el bautismo sin permiso suyo. Los Indios, imitando siempre al soberano, mudaron también de conducta y apostataron casi todos. El P. García vió muchas veces su vida en peligro; pero en medio de aquella persecución tuvo el gusto de ver llegar á otro fraile de su misma orden llamado Fr. Diego Ortíz, y de acuerdo ambos se dedicaron con más celo que nunca á la obra de la conversión. Pero á poco tiempo el Inca hizo sacar fuera de la provincia al P. García, que se volvió á su convento del Cuzco quedando sólo el P. Ortíz en las sierras de Vilcabamba.

Sería largo referir todas las contrariedades y persecuciones que sufrió, porque el Inca acabó por volver públicamente á su antigua religión, sin que lo pudiera evitar

Fr. Diego. Sucedió á poco que el Inca enfermó gravemente por haber bebido estando acalorado. Por falta de auxilio no pudo resistir al ataque y sucumbió dentro de breves días. Atribuyeron los Indios la muerte de su soberano á Fr. Diego, que le había asistido en su enfermedad, se apoderaron de él y le dieron muerte después de haberle atormentado largo tiempo de un modo que horroriza. De esta manera acabaron las tentativas para introducir la luz de la fé en las sierras de Vilcabamba; pero el cielo reservaba un castigo bien cruel á los últimos restos de aquella raza desventurada.

Por la muerte de Inti Cusi se ciñó la borbata encarnada Tupac Amaru, hermano suyo y también de Sayri Tupac. Vivió tranquilamente en sus montes algunos años, sin que nadie le molestase, hasta el de 1571 en que el virrey Toledo trató de hacerle salir de su retiro, conforme el Marqués de Cañete había hecho antes con el príncipe Sayri. Hízole proposiciones de igual naturaleza ofreciéndole su amistad y una renta correspondiente á su rango, con tal de que fuese á vivir entre los cristianos; pero el Inca nada quiso admitir y respondió que prefería su independenciam á todas las mercedes de los Españoles.

Frustradas las esperanzas de un arreglo amistoso, no faltó quien aconsejara al virrey que emplease la fuerza para conseguir su deseo. Decíanle que el monarca español le agradecería mucho el servicio que iba á hacerle en librar aquel nuevo imperio de su último enemigo; ponderábanle la grandeza de los tesoros que el Inca tenía escondidos en sus montañas, y tanto le urgieron que en mala hora cedió el virrey á sus instancias. Parece que los indios refugiados en Vilcabamba solían salir de cuando en cuando de sus guaridas para acometer y despojar á los viajeros que pasaban por las inmediaciones, como solían hacerlo en tiempo del Inca Manco, y éste fué un nuevo pretexto para la guerra: y no contribuyó poco á dar un color de justicia á la expedición el haberse dicho que su objeto era castigar la cruel muerte del P. Ortiz y la apostasia de los Indios.

Decidido ya á usar de la fuerza juntó el virrey la gente necesaria, que serían doscientos cincuenta hembres, y para evitar que los Indios se previniesen, hizo correr la voz de que era un refuerzo que iba á enviar á Chile. Dió el mando de la gente á Martín García de Loyola, soldado antiguo y acreditado, cuya primera disposición fué tomar con alguna tropa dos pasos princi-

pales de la sierra para que la presa no se le escapase. Entró luego en las montañas sin tropezar con grandes dificultades, porque desde la salida de Sayri se habían descuidado los Indios en tomar las precauciones que antes, y tenían hechos los puentes, sin cortaduras ni estorbos en los pasos.

Informado el príncipe de la venida de los españoles no se halló con fuerza para resistirles y emprendió la retirada para el interior de las sierras; pero sus oficiales no perdieron por eso el ánimo y en uno de los pasos más difíciles opusieron una tenaz resistencia á los españoles molestándoles mucho con las grandes piedras que rodaban desde las alturas. El paso fué ganado al fin; pero con pérdida de dos ó tres españoles muertos y muchos más heridos.

Siguieron adelante los invasores hasta llegar á un río que pasaron en balsas; y no es fácil calcular cuál habría sido la duración y el éxito de una campaña entre aquellas asperezas desconocidas, si el príncipe no hubiera resuelto entregarse á los españoles, creído de que le tratarían con la misma atención que á su hermano Sayri. Hallábase sin delito ninguno, porque no tenía por tal el haber defendido hasta lo último su corona, y juzgaba que los españoles nada tendrían que castigar en él. Pensaba de

esta manera, porque no los conocía: con todo, no debía ignorar la historia de su tío Atahuallpa y esto debió bastarle. Pero ya Tupac Amaru no era el Inca Manco y quería más bien vivir esclavo regaladamente que ser rey en los desiertos.

Muy gozoso Martín de Loyola con semejante presa se apresuró a encaminarse al Cuzco, llevando también consigo á la familia del Inca, y á un gran número de indios y mestizos que encontró con él. Hizo su entrada triunfal en la ciudad y entregó sus prisioneros al virrey.

Este había pasado al Cuzco luego que comenzó la campaña, para estar más cerca del teatro de la guerra. Dueño ya de la persona del príncipe mandó formarle proceso al instante. Acusáronle de los robos y excesos que cometían sus vasallos saliendo de sus guaridas; pero como esta acusación no era bastante para que el fiscal pidiese la pena capital, tuvieron cuidado de darle fuerza con el acostumbrado cargo de conspiración, suponiendo que el Inca se había confederado con los Indios nobles y los mestizos, hijos de conquistadores é Indias, para arrojar del país á los españoles. Negó con firmeza este cargo el príncipe peruano, diciendo, con mucha razón, que si su padre Manco no pudo vencer con grandes